

PQ6171

A 2

B 5

V. 1



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GANAPLASTIA DE ARIBAU Y COMPAÑIA (SUCEORES DE RIVADENEYRA)  
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.— Calle del Duque de Osuna, núm. 3.

## PRÓLOGO.

En esta nueva edición de los *Romanceros* voy á seguir un plan análogo á la publicada desde 1828 á 1832. Entónces y ahora me propuse formar una coleccion de romances de todas las épocas, hasta los últimos años del siglo **XVII**, para que reunidos resulte en una serie de composiciones el principio, progresos y retrocesos de esta forma de poesía, que empezó por el inculto pueblo, se continuó por los juglares, y mas tarde se aceptó por los poetas para devolverla á su origen mas bella y perfecta, y aunque ménos espontánea y natural, no privada del sello y carácter propio de los tiempos en que nació y de las épocas en que se fué modificando.

Bien quisiera ordenar los romances por su antigüedad, pero es casi impracticable, puesto que en general se ignora la fecha de su composicion, y solo puede vagamente conjeturarse observando su lenguaje, sus modismos y el carácter de sus narraciones. Un plan así concebido diera márgen á graves yerros, y excluiria la posibilidad de cualquiera otro método, que por su sencillez, ya que no por su erudicion, fuese claro y practicable. En estas razones me he fundado para clasificar los romances por series de materias y asuntos, en vez de hacerlo sobre otros datos vagos é inciertos. No obstante, á riesgo de mil errores fáciles de cometer y difíciles de evitar, en un apéndice que seguirá á este prólogo, adoptaré por via de ensayo un método, que aplicaré á cada romance en el índice de materias, designándole la clase y épocas á que presumo puede pertenecer, atendiendo á su espíritu, carácter, construccion y lenguaje.

La primera edición fué benignamente recibida, con particularidad en la patria de los sabios eruditos Schlegel, Bouterweck, Grim, Huber, Depping, Wolf<sup>(1)</sup> y otros tantos críticos alemanes que se dedicaron y dedican al estudio de la literatura románica y de los siglos medios, para conocer á fondo el influjo de ella en los adelantamientos y civilizacion del mundo. Los trabajos de los escritores alemanes que me precedieron, han influido en los míos; así como tambien los que

(1) Sin la publicacion que el Sr. Wolf ha hecho de aquellos romances de las *Rosas*, de Timoneda, que no están incluidos en otras antologías mas comunes y conocidas, no hubiera podido insertarlos, pues hasta hoy dia no se conoce mas ejemplar de tan precioso libro, que el que dicho señor halló en la biblioteca de Viena. De él nos ha dado una exce-

lente descripcion bibliográfica en su *Rosa de romances*, publicada en Leipsik, 1846, de la cual tuvo la bondad de regalarme un ejemplar. Ninguna de las composiciones que contiene creo se haya librado de las reformas y alteraciones que á Timoneda le plugo hacer en las que no son completamente suyas.

010129

después publiqué no han sido del todo estériles á los que me siguieron; sucediendo en esto, como era natural, que se cruzasen, se encontrasen y asimilasen ideas de un mismo origen, y que influidas por el mismo espíritu, se forman sobre datos, hechos y estudios idénticos, aplicados al mismo fin.

Aunque el espíritu de reaccion haya provocado el estudio de la historia de la edad media para oponerse á los novadores que, rompiendo contra todo lo pasado, han querido reconstruir *à priori* las sociedades; aunque este espíritu, digo, no haya en modo alguno presidido á mis planes, es preciso convenir que la antorcha de la buena crítica emanada de él me guió en las tareas comenzadas, y que el aprecio de los extranjeros á nuestra literatura me la ha hecho mas interesante. Empecé estas tareas cuando un poder arbitrario dominaba nuestra patria, y por ello me fué imposible manifestar libremente las ideas filosóficas que abrigaba; pero arrostré la dificultad bordeándola, deseoso de que la juventud amiga de las letras comenzase su emancipación omnimoda (2), rompiendo primero los estrechos límites que al ingenio y la inteligencia habia impuesto una crítica empírica y exclusiva, que la obligaba á imitar modelos indirectos de la naturaleza representada bajo formas ya muertas, ó cercanas á espirar, aun en el mismo sitio de su cuna.

Después de mediar el siglo xviii fué moda en Europa, y mas en España, despreciar la patria literatura, sin haber estudiado y conocido la buena de nuestros antepasados. Hacíase un vanaglorioso alarde de preferir lo extraño á lo propio, y se tenia por ignorante y bárbaro al que dudaba de la infalibilidad de los novadores. Cundió y debió cundir el contagio, porque era mas fácil ser eco de los pretendidos críticos, que estudiar bien lo antiguo para crear sobre ello; porque era mas cómodo traducir que inventar; porque costaba ménos imitar lo hecho, que reformar lo pasado y conformarlo á las variaciones que debia tener. En tal situación apenas hubo quien saliese al encuentro de tan extraviadas ideas, siquiera para discutir las. Perdido así el buen camino, nos quedamos reducidos á ser debilitados ecos de lo que era bueno y acomodado á los países donde nació, mas que entre nosotros no podia producir creaciones espontáneas ni vivificador entusiasmo. Nos sucedió lo que á aquel que escribe en papel rayado, cuya letra, aunque bella y acabada, siempre carece de soltura y elegancia, y jamas tiene el carácter de originalidad.

También participé del mismo error general; también sacrifiqué en el altar de la moda al temor de que se me tuviese por necio y ridículo; también tuve la audacia de reprobarme lo que me era poco conocido, y de despreciar en público lo que en secreto admiraba. Pero llegó el tiempo de madurez y de reflexión, y conocí que la red que circua al ingenio nacional era muy estrecha, y que la tierra ansiaba recibir en su seno la semilla de buenas y liberales doctrinas, para que brotase briosa y fecunda. Mi único mérito en este caso fué conocer que era llegada la hora de la emancipación literaria; el de atreverme á romper la primera malla de la red que la impedía, y en fin, el de arrojar en el suelo ya preparado la semilla que debia brotar. Apenas entonces teníamos un crítico que osase defender nuestra antigua literatura considerándola en sí misma, y como medio necesario para recuperar la perdida originalidad é independencia que debiera nacer de la unión de lo pasado con lo presente; apenas uno que pensase en deducir de ella

(2) La emancipación del pensamiento en literatura es la aurora de la independencia, y el síntoma mas expresivo de nacionalidad. Como no inspira recelos, como se introduce en las masas sin perturbación aparente del orden público, aunque no es la libertad en

su esencia, es su mejor auxiliar. Tal déspota manda quemar á un filósofo, y no se atreve á ofender á un poeta. El primero pasa desapercibido, el segundo suele ser el ídolo del pueblo, y el que eleva su inteligencia á graves cosas.

una teoría racional que la diese unidad filosófica; apenas uno que quisiera presentarla bajo el aspecto de espontánea belleza que la caracteriza. El mas arrojado no era bastante audaz para defenderla en su propio terreno, y se contentaba con colocarla en el lecho de Procusto, y haciendo salvedades tímidas y concesiones importunas la queria ajustar á un cuadro mezquino é incapaz de contener las nobles y grandiosas dimensiones del verdadero ingenio español y de su nacionalidad. Deseoso de excluir tan falsos medios de defensa, sustituyéndoles los verdaderos y fundados en altas y extensas consideraciones filosóficas, y ansiando rescatar los graves yerros que cometí por obedecer una incalificable moda, publiqué un opúsculo sobre el drama español antiguo, varios artículos de crítica escritos en el mismo sentido, y el discurso preliminar al *Romancero de caballeros é históricos*, los cuales ensayos, buenos ó malos como son, dieron á la crítica un nuevo giro, y la sacaron del camino empírico y estrecho que tomó al mediar el siglo xviii.

Nunca me pesó haber acometido tamaña empresa, pues el tiempo y los hechos han demostrado que la idea que la presidió era fecunda, favorable y digna de que otros mas sabios la realizasen. Animado por esto, inducido por algunos amigos, viéndome además que después de tantos años ninguno de los que mejor que yo podian, publicaron trabajos análogos á los que habia iniciado (3), y que nos dejaban prevenir por los extranjeros, me pareció indecoroso esperar mas y condenar al olvido lo que desde 1832 á 1844 habia trabajado para, en su caso, publicar una nueva edición de los *Romanceros*, mas abundante y completa que la precedente, cuyos primeros tomos, empezados como por juego, elevaron después mi pensamiento á las miras serias y filosóficas que se observan en los últimos (4).

El resultado que mis tareas, por su oportunidad, alcanzaron, me animó á continuarlas. A ello he sacrificado una carrera pública con que me brindaba mi posición social. Reducido á voluntaria oscuridad, sin ambición de ninguna clase, el poco renombre adquirido y la posición que ocupo, debidos son á estas tareas, que, aunque constantes y continuas, no me han impedido cultivar otros estudios mas serios, ni contribuir á la propagación de aquellas doctrinas generosas que emancipan el pensamiento, ordenan las ideas, ensalzan la humanidad y levantan el corazón y el ingenio á grandes cosas.

Doloroso es por cierto que una de las mayores dificultades que he tocado sea

(3) Mi mayor gusto fuera que otros mas aptos, instruidos y ménos sujetos al error, se hubiesen encargado de los mismos ó análogos trabajos á los que emprendí. Naturalmente desconfiado del acierto, aceptara como un favor que cualquiera se encargase de una tarea, si no enojosa, penosa y difícil. En la discusión, mis ideas, mis observaciones, han sido siempre comunes á todos, á nadie las escondí; en el consejo fui franco y leal; en los hechos, mis libros, apuntes y recursos estaban á disposición, no solo de mis amigos, sino hasta de los indiferentes. Todo esto es notorio, no habrá quien lo niegue, y prueba que deseaba hubiese quien se me anticipase y ahorrara de continuar trabajos que creía no poder ejecutar con aquella perfección sin la cual, solo á falta de otros mejores, pueden ser tolerables. Y en efecto, si bien se mira, ¿qué interés personal pudo incitarme á un trabajo tan penoso y deslucido? No el deseo de gloria y de renombre, que alcanzan mezquinos y miserables á un editor de romances viejos; no el anhelo de honores, distinciones y consideraciones públicas, á que nunca aspiré; no el ansia de

riquezas y dinero, que nunca tocó mis manos, sino para gastarlo en libros, comprados además á costa de otros gozos. El móvil de mis deseos ha sido ser tan útil al país, como lo permitían mis cortos recursos intelectuales, morales y materiales. Bien sé que nada de esto me libraré, ni debe librar, de la justa crítica que merece una obra imperfecta ó mal hecha; pero me da derecho á responder que no me era posible presentar otra cosa de lo que sabía ó pensaba.

(4) El nuevo giro que di á la obra, mas que á nada, se debió á los consejos de mi muy querido amigo D. Manuel José Quintana, á la afición que desde mi infancia me ha manifestado, y al tierno interés con que me honró en todas las épocas y circunstancias de la vida. Este sabio, noble y distinguido, me persuadió que se esperaba de mí algo mas que una antología mejor ó peor ordenada, mas ó ménos completa que las existentes, y que para que esta clase de trabajos presentase alguna utilidad, convenía acompañarlos de observaciones científicas, donde se hallasen los resultados de mis estudios sobre la historia, la literatura y la civilización española.

la de reunir los libros oportunos á mi plan. Apénas, á fuerza de grandes sacrificios, logré adquirir la cuarta parte de aquellos que fácilmente se encuentran en las bibliotecas de Londres, de Viena y de París, donde parece que á porfía se han aglomerado los documentos literarios de España. La bibliografía es una ciencia mal apreciada y mal protegida entre nosotros: hay pocos que la cultiven, y ménos que á fondo la conozcan. Cuantos á ella se dedican ninguna recompensa esperan, sino la de satisfacer su afición á los libros, que en general no tienen mas uso que el de pasar apollillados de unos á otros estantes, ó de salir para el extranjero. Por eso las primeras antologías de romances regularmente concebidas y bien pensadas se han hecho en Alemania. Alemanes son los que mejor han publicado la historia de nuestra literatura y teatro; los que sabían y filosóficamente han reimpresso, comentado y juzgado algunas de nuestras crónicas. Ingleses ó anglo-americanos son los que hoy escriben ó han escrito las historias de Carlos V, de los Reyes Católicos, de Colón, de Méjico y otras muchas. Para hacerlo bien no escasean gastos ni viajes, ni los gobiernos les niegan los auxilios necesarios. Entre tanto, condenados á un marasmo y apatía incalificable, miramos estupefactos lo que pasa, y sumidos en la pereza dejamos la gloria para los otros, y nos dormimos sin cuidado. ¿Cuándo despertaremos? Cuándo aquel brioso ingenio que admiró la Europa sacudirá su letargo? Tiempo vendrá en que se levante, y pronto sin duda le veremos desplegar sus entumecidas alas para recobrar el puesto que le corresponde en la sociedad culta; así lo esperamos, así comienza á verificarse; así sucederá, pues aparece una activa juventud que se lanza en la carrera, y á quien solo le falta tener mas constancia en el estudio y ménos ansia por los gozes materiales ó los de una desmedida ambición.

Sin embargo de tantas dificultades he podido reunir para esta segunda edición de los *Romanceros*, y del *Cancionero*, si esta llega á hacerse, además de los originales que para la primera tuve presentes, algunos otros muy raros y preciosos, que solo se hallan en pliegos sueltos, impresos ántes ó poco despues de mediar el siglo xvi (5),

(5) En estos pliegos, impresos casi todos ántes de 1550; en el *Cancionero de romances*, en las *Silvas* y otras antologías impresas desde mediados del siglo xvi en adelante, es donde se presenta lo mas genuino y precioso de los romances viejos y verdaderamente populares: es decir, de aquella poesía que, ruda é inartificiosa, pero natural, sin colores prestados y libre de toda imitación erudita, nos da una idea de los esfuerzos que contribuyeron á perfeccionar el idioma y á amoldarle para la expresión de los pensamientos. La mayor parte de estas composiciones son anónimas, y sin fecha de tiempo cierto que sirva para ordenarlas con exactitud cronológica. Ninguna, tal como ha llegado á nosotros, puede creerse anterior al siglo xv; pero muchas conservan profundos vestigios de ser reproducciones ó reformas de otras mas antiguas, recibidas de la tradición oral ántes de haberse impreso. Mezcladas con estas, hay otras del siglo xv, que parecen son primitivas y contemporáneas á los hechos que refieren. Por tales pueden considerarse varios romances que tratan de las correrías y batallas que acaecían entre los moros y los cristianos fronterizos, que ciertamente se cantarían por los mismos jefes y soldados que intervinieron en tan continuadas luchas. También pueden tenerse por primitivas, aunque mas modernas, y mas bien transmitidas al pueblo, que de él tomadas, aquellas composiciones del siglo xvi y xvii, en que se narraban y consignaban hechos palpitantes y célebres de dicha época. Algunos romances viejos se

hallan, pero mas ó ménos modernizados y eruditamente desfigurados, en los romanceros de autores particulares, tales como Sepúlveda, Timoneda y otros poetas que se propusieron poner las crónicas en verso, imitando los romances viejos, remendando su lenguaje y conservando aquel espíritu antiguo que en aquellos predominaba. Aunque privadas estas composiciones del carácter de espontaneidad y sencillez de sus modelos, sin embargo no carecen de interés é importancia, pues representan el carácter de su época, conservan vestigios de las anteriores, y contienen muchas tradiciones populares, que sin ellas fueran perdidas. También Gabriel Laso de la Vega, Pedro de Padilla, Lucas Rodríguez, Alonso de Fuentes, Juan de la Cueva, y otros mejores ó peores poetas de profesión, tuvieron la idea, en el último tercio del siglo xvi, de reducir á romances varios hechos de la historia antigua y moderna desde Adán hasta su tiempo: lo hicieron por su cuenta, teniendo en poco los romances viejos, despreciados por los modernos, que aspiraban á mayor cultura. Pero como en su tiempo predominaba el mal gusto, y dichos autores carecían acaso de las dotes del ingenio necesarias para excitar el entusiasmo, lejos de mejorar lo antiguo, no hicieron mas que sustituirlo con obras un tanto pedantescas é hinchadas, que deslucían sus trabajos. Sobre todos, Juan de la Cueva se excedió á sí mismo, y es mucho decir, por los defectos y exageraciones que se hallan en sus romances históricos.

cuya mayor parte debí á la fina amistad de D. Jacobo María Parga, ilustre sabio y noble caballero, cuya erudición, ciencia, libros, auxilios y consejos se anticipan siempre á los deseos de quien los necesita.

Estos son los únicos recursos de toda clase que he alcanzado para verificar mi empresa. Si en la presente edición del *Romancero general*, así como en la de los anteriores, se echan de ménos las composiciones místicas y devotas, no es por desconocer su importancia, sino por considerarlas á propósito para un trabajo especial que contenga los pensamientos primitivos, y la idealidad poética que los vivifica en las nacientes sociedades.

Refiriéndome en todo á lo que en el discurso preliminar al *Romancero de caballerescos é históricos* he dicho sobre el origen de la combinación métrica llamada romance, añadiré, para evitar dudas, que en el presente caso esta voz expresa la idea de una composición de versos iguales, que, no excediendo de ocho sílabas cada uno, y siguiendo una misma rima desde el principio al fin, se combinan de suerte que los pares resultan rimados, y sueltos ó libres los impares. Hay sin embargo algunos, en versos cortos pareados que se usaron ya en el siglo xv, y otros de la última mitad del xvi, en los cuales para adorno y gala se mezclan, con el texto vulgar, variedad de metros y combinaciones. A todos estos, á pesar de su anómala construcción, los he considerado y clasificado también como romances.

Para ordenar y metodizar este trabajo, he considerado los romances en tres grandes series, á saber: la de fabulosos ó novelescos, la de históricos y la de varios.

A la primera corresponden los moriscos, los caballerescos y algunos de los vulgares; á la segunda, los de historia verdadera ó tradicional; y á la tercera la de asuntos amorosos, satíricos y burlescos, que consideran las pasiones, las virtudes y los vicios subjetivamente, ó segun el sentimiento íntimo y moral para expresar las unas, ensalzar las otras y castigar ó ridiculizar las costumbres y los actos viciosos.

## OBSERVACIONES

### SOBRE LOS ROMANCES MORISCOS NOVELESCOS.

Dos diversas modificaciones experimentaron las costumbres y literatura de Europa por su trato y comercio con los pueblos de Asia y con los africanos. La una, obrando mas particularmente desde el siglo xi sobre los hombres del Norte, produjo la expresión feudo-oriental (6), contenida en los poemas y en los libros inspirados por los sentimientos caballerescos propios de la época. La otra, fundada sobre la civilización mas libre y democrática (7) que creó la necesidad de

(6) Llamamos feudo-oriental á la civilización y á la literatura que resultó de las comunicaciones entre los pueblos feudales del Norte, con los monárquicos absolutos del Oriente.

(7) La democracia apareció entre nosotros bajo las aparentes formas del feudalismo, puesto que las libertades y fueros adquiridos por los pueblos eran de privilegio, asimiladas á las que se otorgaban á los señores, y no de derecho general y comun. Pero como cada ciudad, villa ó lugar privilegiados constituía en su régimen interior un gobierno comunal y democrático, luego que se extendieron y multiplicaron los afueramientos, se vino á formar una suma

de poderes aislados primero, que despues adquirieron la unidad necesaria para constituir un sistema de gobierno. Los fueros adquiridos individualmente por los señores en el Norte, formaron la monarquía feudal, mientras en Castilla los fueros de los Comunes produjeron la monarquía democrática. Igual fué pues el principio de uno y otro sistema, diversos sus resultados por la diferente aplicación de aquel; pero su terminación fué la misma, supuesto que la monarquía, vencedora de los señores en el Norte y de los pueblos en Castilla, se convirtió en un poder arbitrario.

reconquistar el país perdido, produjo en España la poesía de un caballerismo especial, como se ve en los romances moriscos novelescos de que vamos á tratar, y aun en muchos históricos ó mistos con fabulosos de que hablaremos despues, y que fuéron la iniciación de los mas modernos novelescos. Comenzaron aquellos, ó á lo ménos los que nos son conocidos, y tales como á nosotros han llegado, en el siglo xv; en el xvi y parte del xvii llegaron á su apogeo ya revestidos de la parte de pompa oriental que aceptamos de los árabes directamente. Luego que nuestros caballeros y poetas vieron el país libre (8) de sus contrarios, se apoderaron con frenesí de los recuerdos que habian dejado, de manera que al leer los cantos de aquel tiempo nadie creeria que los moros no ocupasen la España y no la poseyesen todavía. Las guerras, los combates, las fiestas, los juegos, los amores, los celos y las pasiones, la expresion de los sentimientos y de las ideas, las galas, los trajes y aun los nombres: todo, todo en los romances moriscos es una escena completa, un retrato vivo y brillante, un espejo fiel de aquella parte de recuerdos que los moros nos dejaron cuando partieron á los desiertos de Berbería, y que amalgamados con los elementos de nuestra antigua civilización y los progresos de la nueva, formaron el sistema poético popular que predominó en España desde las tres últimas décadas del siglo xvi, hasta el último tercio del xvii. Aunque los asuntos de estos romances fuesen fingidos, su espíritu era la misma verdad, no solo respecto á la época en que se inventaron, sino aun al de la anterior que intentaban reproducir embellecida. A nadie que los estudie filosóficamente se le ocultará la verdad moral que contienen, con solo observar la fácil inspiración que los anima y vivifica. Allí se conoce desde luego que se imita, no ya un modelo extraño é indirecto, sino una segunda naturaleza creada por haberse combinado y asimilado elementos que anteriormente existieron aparte; allí se ve la manera cómo se modificaron é influyeron uno en otro dos pueblos diversos; y en fin, allí se percibe el influjo que ejerció el trato hostil, pero caballeroso y noble, en el espíritu de dos razas que muchos siglos se combatieron, mas que habitaban el mismo suelo sobre que guerrearon, y que á su pesar, y aun sin conciencia de ello, confundian y aunaban sus diferentes civilizaciones en cuanto eran compatibles.

La idolatría dedicada al valor individual bárbaro, pero generoso y en sí mismo confiado; la afición á duelos y desafíos singulares; el culto místico y apasionado rendido al bello sexo, eran las cualidades que caracterizaban á los descendientes del Norte. Pues bien, las costumbres hijas de ellas, aceptadas por los moros, templaron, á pesar del Alcoran, sus instintos celosos, modificaron sus hábitos guerreros, y les impusieron un espíritu caballeresco que ántes les era desconocido. A la par que esto sucedía, nuestros contrarios nos comunicaron una parte de su amor á las ciencias y á las artes: su ostentoso lujo, su ferviente imaginación, su inspiración lírica, su sutileza ideal, y otra multitud de cualidades que, á pesar de obstinada resistencia sostenida por el fanatismo religioso, llegaron á corregir nuestra barbarie, y á formar entre musulmanes y cristianos una casi identidad de hábitos, costumbres y literatura que, si ellos míseros desterrados no pudieron conservar, entre nosotros dejó un indeleble sello, que ni los siglos ni los cataclismos sociales han podido destruir. ¿Quién no percibe en los romances moriscos la rica y abundante vena de fantasía que nos comunica-

(8) Con efecto, poco ántes de la conquista de Granada, y quizá hasta algunos años despues, se hallan pocos romances moriscos novelescos que tengan vestigios muy señalados de la poesía árabe. Varios de los de la primera sección se aproximan mas á ella, y

pueden provenir de épocas anteriores á las citadas. Sin embargo, si nos atenemos á los romances, parece cierto que solo despues de la expulsión de los moros se desarrolló con brio entre nosotros aquella parte de poesía que nos dejaron.

ron los árabes, y que aunada despues de su expulsión á la ruda, áspera, fiera y melancólica caballería de los españoles, constituyó un género de literatura mas análogo á la época en que nació, que no los elementos que le formaron? En los romances moriscos novelescos ó mistos es donde existe mejor el tipo del carácter y caballerismo propiamente español, modificado por los árabes, y tambien la poesía que nació de tan feliz unión. En efecto, entre este y el producido desde las Cruzadas por la fusión del orientalismo con las costumbres feudales, cuyo reflejo recibimos de Francia, hay tanta diferencia como entre los sistemas políticos predominantes en el Norte, y el monárquico liberal que mucho tiempo nos fué propio y exclusivo. La Francia, algunos tiempos ántes que nosotros, produjo libros de caballería feudal, tuvo traducciones de las fábulas sanscritas de la India, las acomodó á su carácter y costumbres, y formó con ellas aquellos cuentos libres, punzantes y graciosos que propagaron sus troveras ó juglares. Igualmente la Italia, empapada de las ideas francas, se nos anticipó en aceptarlas y en fundirlas despues con la poesía clásica, griega y latina, que ántes que en ninguna parte allí fué conocida, estudiada y aceptada con fecundísimos resultados (9). En este sentido y con estos modelos escribieron los italianos, con mas ó ménos felicidad, aquella multitud de poemas caballerescos precursores del *Orlando furioso* (10), en el cual se reasumieron todos los elementos compatibles de la poesía clásica con la románica, hija del estado social de los siglos medios. Así fué como la literatura europea empezó y completó el nuevo sistema poético que reunia todos los medios de imitación conocidos é incrustados, por decirlo así, en las modernas sociedades. Verdad es que en los primeros tiempos de la restauración literaria, la poesía y las lenguas vulgares tuvieron que sostener una obstinada lucha con los entusiastas de las bellezas de Homero y de Virgilio, y de la perfección de sus idiomas. Pretendian nada ménos que excluir todos los modelos, todas las lenguas diferentes, ó que no perteneciesen á los poetas y oradores que admiraban. Pero el instinto y necesidades de la nueva sociedad los obligaron á desistir de su empeño; y las grandes, sublimes y magníficas creaciones de la moderna civilización triunfaron al fin del espíritu reaccionario que procuraba ahogarlas en la cuna. Era ademas imposible que el lenguaje de las naciones que tenian obras como las *Partidas*, libros como los *caballerescos*, é iniciados poemas como la *Divina Comedia*, fuese vencido y aniquilado por el idioma latino, por mas que se le intentase reducir á su primitiva pureza, por mas que se le volviese á corromper bajo otras formas, para darle la aptitud necesaria á expresar el nuevo orden de ideas introducido por otra civilización.

Al tratar de los romances moriscos me ha parecido oportuno exponer, como lo he hecho, mis conjeturas sobre los vestigios que conservan de la parte que los árabes españoles nos dejaron de su espíritu oriental; pero ademas de ellos hay otros con igual denominación, que no tomaron sus asuntos en nuestras guerras con los moros, ni en los hábitos por ellas creados, sino en los poemas italianos donde predomina el espíritu feudal modificado por el orientalismo. Mucho he

(9) Algunos siglos ántes de la época de la restauración, ya eran conocidos en Europa, si no los libros clásicos genuinos de la antigüedad, sí al ménos los asuntos de que trataban. Acaso en esta época nos aventajamos los españoles en el estudio serio y profundo de algunas materias que tratan. Testimonio irrecusable de esto son las *Partidas* del rey Don Alfonso, que prueban no solo la ciencia adquirida acerca del derecho, sino tambien que nuestra lengua se anticipó muchísimo en perfección á las de ori-

gen románico, exceptuando quizá la provenzal.

(10) En este poema italiano y en todos los que le precedieron y tomaron sus asuntos de las fábulas carlovingias, se ve la civilización del Oriente en presencia de la feudal; pero no, como en los romances moriscos, la de un pueblo que modificó la suya bajo el influjo de costumbres muy democráticas un tiempo, aunque ya subyugado por la monarquía pura, ó próximo á serlo.